

obras de inspiración superrealista una honda y sensitiva significación espiritual. Campos, por otra parte, no ha renunciado a la utilización de elementos de la realidad. Por el contrario, insiste en ellos y son los que forman la raíz de su obra. Es fácil identificarlos.

En el autor de *Estío alegórico* la realidad adquiere, no obstante, contornos mágicos gracias al juego del arabesco y a una cierta fluencia de las líneas que encierran al volumen. Son seres reales—como decimos—sorprendidos en el momento confuso, en las fronteras indecisas en que, indóciles, esas formas empiezan a dejar de ser la *realidad real*, si cabe expresarse así, para devenir algo que toca ya al mundo fantasmagórico y merodeador.

Larvas de seres. Mejor: cifras angustiadas de la multitud que puebla nuestros sueños.

Los elementos de la composición son sencillos y con frecuencia repetidos. A veces la ejecución se resiente de tosquedad, de cierta insensibilidad para afinar, purificar o llegar a la forma coherente con la hondura espiritual de la obra o con su intención psíquica. Hay fealdad y torpeza en algunos de estos trazos. Una de las cosas que debiera haberse visto en la exposición de Pettoruti es su perfección artesanal. De ella está lejos Edmundo Campos.

<https://doi.org/10.29393/At305-25PCAR10025>

PINTURA CATALANA.

Centro Catalán. La pieza maestra de este desigual conjunto era la acuarela de Mariano Fortuny, *Jardín del Papa Inocencio*, una de las obras más hábiles y características del pintor de Reus. Su estilo de *rocaille* y de minuciosidad laberíntica muéstrase en esta estampa que tiene, aparte su valor plástico, el mérito

de contener uno de los pocos autorretratos que existen del pintor. Es milagroso el hecho de lograr esa luz interior, esa atmosferización, ese temblor vitalísimo de las cosas con tal economía de medio—un verde gris, un rosa—y sin apoyar las formas, por simples manchas y toques leves del pincel.

Ante esta obra—pensamos también en el magistral boceto al óleo del Museo de Bellas Artes, que supera lo mejor del impresionismo francés—nos parece que no habrá de transcurrir mucho tiempo sin que se produzca una completa rehabilitación del pintor. La crítica de hoy empieza a inclinarse hacia Fortuny; no, naturalmente, hacia Meissonier. Como ejemplo de lo que decimos, transcribimos el juicio reciente de Víctor Carvacho:

«Fortuny, con su versallesco jardín, poblado de fuentes, estatuas, cisnes, lagunas y bosques, nos da la más completa sensación de la sensibilidad de una época espiritual, ideal y romántica. Hay allí, en ese juego virtuoso de las disoluciones de la acuarela, una pupila y una mano bien adiestrada; describen lo que ven con cuidada disciplina frente a la objetividad. Mas, lo que hace imponderable a ese pequeño cuadro, es el estremecimiento, el soplo y el amor a un instante de encantamiento. El motivo es el punto de apoyo, el pretexto accidental y necesario para comunicarnos un estado hondamente poético. El toque magistral del carmín pálido, en el centro de la composición, se disuelve en los vagidos rosas, de los reflejos del agua. Todo esto se desintegra y confluye hacia la notita trémula en medio de la cristalina vaporosidad perlada de azul del follaje y de la atmósfera. Sólo así podemos admitir el realismo cuando a la autenticidad soberana de la técnica artística que le es propia, va

unida la palpitación humana del poeta. El diluye en el retrato de todas las cosas una sabia de su propio corazón. La obra de arte resulta aquí de la unión perfecta de la naturaleza y el hombre».

La cita es larga, pero deseamos quede registrada en estas páginas como demostración del vuelco que está sufriendo la sensibilidad y el juicio de los encargados de discriminar sobre cosas artísticas.

Otras obras aquí expuestas estaban firmadas por Francisco Gimeno, el robusto maestro del novecientos. Por Domingo Carles, impresionista, con unas flores de bello color. Por Bagarías con su famoso *Tribunal de la selva*. Se expuso también un *Mirró* de escaso mérito. Un Dalí, hábilmente realizado, con un bello fondo, pero in nervio ni calidad plástica.

De los artistas que residen en Chile resaltaban Roser Bru, de grato color e inmadura factura. Balmes, personal en sus gamas opacas y en sus betunes, en donde la pasta se acumula con reiteración. Emilio Piera, de delicado y sensitivo trazo impresionista. Claudio Tarragó con gran sentido de los volúmenes y del equilibrio morfológico y de la plasticidad en su greda *Desnudo*.

JOSÉ MACHADO.

José Machado, hermano del poeta, expone en Chile con admirable regularidad. Es fecundo y acucioso pintor de paisajes, retratos y composiciones. Hace óleos y dibujos. En aquéllos se muestra como apasionado buscador del rasgo característico, de la nota popular, del episodio pintoresco. Naturalmente la forma está sacrificada a la persecución de ese designio,